

*El papel del
individuo en la
historia*

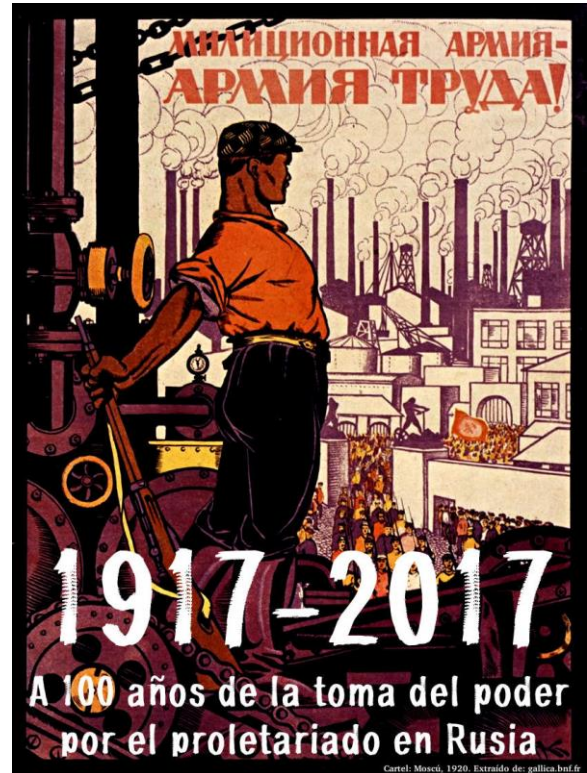
Plejánov

Índice

I.	[Sobre la teoría de los factores].....	3
II.	[“Quietismo” y su necesidad]	5
III.	[Tesis, antítesis y síntesis]	7
IV.	[Acerca de las opiniones de Carlos Lamprecht]	10
V.	[Sobre la actividad consciente de los individuos]	12
VI.	[Las causas generales y la casualidad en la historia].....	16
VII.	[La ilusión óptica sobre el papel de las grandes personalidades en la historia]	21
VIII.	[Causas generales y particulares y el aspecto individual en la historia]	24

Alejandría Proletaria
germinal_1917@yahoo.es
Valencia, junio de 2017
Publicado por primera vez en 1898

Alejandría Proletaria
Biblioteca general de la Res



A cien años de la revolución proletaria de 1917

I. [Sobre la teoría de los factores]

En la segunda mitad de la década del 70, el finado Kablitz¹ escribió un artículo bajo el título *La Inteligencia y el sentimiento como factores de progreso*, en el que, invocando a Spencer, demostraba que el principal papel en el movimiento ascendente de la humanidad correspondía al sentimiento, mientras que la inteligencia desempeñaba un papel secundario, un papel completamente subordinado. Un “honorable sociólogo”² refutó a Kablitz, revelando una sorpresa burlona respecto a la teoría que relegaba la inteligencia a un segundo plano. El “honorable sociólogo” tenía razón, naturalmente, cuando defendía la inteligencia. Pero la hubiera tenido en mayor grado todavía si, no entrando en la esencia de la cuestión planteada por Kablitz, hubiera señalado hasta qué punto era imposible e inadmisiblesu planteamiento mismo. Y, en realidad, la teoría de los “factores” es de por sí inconsistente, porque destaca arbitrariamente los diferentes aspectos de la vida social y los hipostasia, convirtiéndolos en fuerza independientes, que desde distintos puntos y con éxito desigual, arrastran al ser social por la senda del progreso. Pero esta teoría es más infundada aún en la forma que ha adquirido en el artículo de Kablitz, el cual convirtió en hipóstasis sociológicas especiales, no ya éstos o los otros aspectos de la actividad del *ser social*, sino los diferentes dominios de la *conciencia individual*. Son verdaderas columnas de Hércules de la abstracción; no se puede ir *más lejos*, porque más allá comienza el reino grotesco del más claro de los absurdos. Es en eso sobre lo que el “honorable sociólogo” debería llamar la atención a Kablitz y sus lectores. Al mostrar el laberinto de abstracciones a que condujo a Kablitz su aspiración de encontrar un “factor” dominante en la Historia, el “honorable sociólogo”, impensadamente, quizá, también hubiera hecho algo por la crítica de la teoría misma de los factores. Esto hubiera sido muy provechoso para todos nosotros en aquel tiempo. Pero no pudo estar a la altura de esa misión. Él mismo participaba de aquella teoría, diferenciándose de Kablitz únicamente por su inclinación hacia el *eclecticismo*, gracias al cual todos los “factores” le parecían de igual importancia. Las propiedades eclécticas de su espíritu se manifestaron luego con mayor claridad en sus ataques contra el materialismo dialéctico, en el cual veía una doctrina que sacrificaba al “factor” económico todos los demás y que reduce a cero el papel del individuo en la Historia. A nuestro “honorable sociólogo” ni siquiera se le ha ocurrido que el punto de vista de los “factores” resulta extraño al materialismo dialéctico y que únicamente la falta absoluta de capacidad de pensar lógicamente permite ver en él una justificación del llamado *quietismo*. Hay que hacer notar, sin embargo, que esta falta del “honorable sociólogo” no tiene nada de original; la cometían, la cometen y, seguramente, la seguirán cometiendo muchos otros...

A los materialistas se les empezó ya a reprochar su inclinación al quietismo cuando no tenían aún formada su concepción dialéctica de la naturaleza y la historia. Sin internarnos en la “lejanía de los tiempos”, hemos de recordar la controversia del conocido sabio inglés Priestley con Price. Analizando la doctrina de Priestley, Price demostraba, entre otras cosas, que el materialismo es incompatible con el concepto de libertad y elimina toda iniciativa individual. En respuesta a esto, Priestley, invocó la experiencia diaria. “No hablo de mí mismo, aunque, naturalmente, a mí tampoco se me

¹ Kablitz (1848-1893). Escritor ruso, populista.

² Plejánov se refiere a N. K. Mijailovski (1842-1904), ideólogo de los populistas liberales rusos, quien, apenas salió a la luz el citado artículo de Kablitz, escribió al respecto sus *Notas literarias de 1878*.

puede calificar como al más inerte de los animales (*I am not the most torpid and lifeless of all animals*), pero yo les pregunto; ¿dónde encontrarán más energía mental, más actividad, más fuerza y tenacidad en la consecución de los objetivos principales si no es entre los partidarios de la doctrina del determinismo?” Priestley se refería a la secta religiosa democrática que entonces se llamaba *christian neccesserians*.³

Desconocemos si en realidad esta secta era tan activa como pensaba su adepto Priestley. Pero esto no tiene importancia. Está fuera de toda duda que la concepción materialista de la voluntad del hombre concuerda perfectamente con la más enérgica actividad práctica. Lanson⁴, hace notar que “todas las doctrinas que más exigencias formulaban a la voluntad humana, afirmaban en principio la impotencia de la voluntad; ellas negaban la libertad y subordinaban el mundo a la fatalidad.” Lanson, no tiene razón cuando piensa que toda negación del llamado libre albedrío conduce al fatalismo; pero esto no le ha impedido notar un hecho histórico de sumo interés: en efecto, la historia demuestra que incluso el fatalismo, no sólo no ha impedido siempre la acción enérgica en la actividad práctica, sino, por el contrario, en determinadas épocas ha sido la *base psicológica indispensable de dicha acción*. Recordemos, por ejemplo, que los puritanos, por su energía, superaron a los otros partidos de la Inglaterra del siglo XVII, y que los adeptos de Mahoma sometieron a su poder en un corto plazo un enorme territorio desde la India hasta España. Se equivocan de medio a medio aquéllos que piensan que es suficiente estar convencidos del advenimiento inevitable de una serie de acontecimientos para que desaparezca toda nuestra posibilidad psicológica de contribuir a ellos o contrarrestarlos.⁵

Aquí todo depende de si mi propia actividad constituye el eslabón indispensable en la cadena de los acontecimientos necesarios. Si la respuesta es afirmativa, tanto menores serán mis vacilaciones y tanto más enérgicos mis actos. En esto no hay nada de sorprendente: cuando decimos de un determinado individuo que él considera que su actividad es un eslabón necesario, en la cadena de los acontecimientos necesarios, eso significa, entre otras cosas, que la falta de libre albedrío equivale para él a la total *incapacidad de permanecer inactivo* y que esa falta de libre albedrío se refleja en su conciencia en forma de *imposibilidad de obrar de un modo diferente al que obra*. Es, precisamente, el estado psicológico que puede ser expresado con la famosa frase de Lutero: “*Her stehe ich, ich Kann nicht anders*” (“así soy y así seré”) y gracias al cual los hombres revelan la energía más indomable y realizan las hazañas más prodigiosas. A Hamlet, le era desconocido este estado de espíritu: por eso no fue capaz más que de gemir y dudar. Y por eso mismo, Hamlet, jamás hubiera admitido una filosofía, según la cual la libertad no es más que la necesidad hecha conciencia. Con razón decía Fichte: “tal como es el hombre, así es su filosofía”.

³ Tal conjugación del materialismo con el dogmatismo religioso sorprendería mucho a un francés del siglo XVIII. Pero en Inglaterra no extrañaba a nadie. Priestley mismo era muy religioso: cada pueblo, con sus costumbres. [G. V. Plejánov]

⁴ Lanson, Gustavo (1857-1834). Literato e historiador literario francés.

⁵ Es sabido que, según la doctrina de Calvino, todas las acciones de los hombres están predeterminadas por Dios. “*Paedestinationem vocamus aeternum Dei decretum, quo apud se constitutum habuit, quod de uno quoque homine fieri valet*”. (“Llamamos predestinación a la decisión de Dios, según la cual Él determina lo que inevitablemente deberá ocurrir en la vida del hombre). (*Institutio*, Libro III, capítulo V). Según esta doctrina, Dios elige a algunos de sus servidores para la liberación de los pueblos injustamente oprimidos. Tal era Moisés, el libertador del pueblo israelita. Todo indica que también Cromwell se consideraba un instrumento de Dios; él decía siempre y seguramente con sincera convicción, que sus acciones eran fruto de la voluntad de Dios. Todas esas acciones tenían *por anticipado para él el carácter de una necesidad*. Esto no sólo no le impedía aspirar a una victoria tras otra, sino que infundía a esta aspiración una fuerza indomable. [G. V. Plejánov]

II. [“Quietismo” y su necesidad]

Algunos de entre nosotros tomaron en serio la observación de Stammler, respecto a la pretendida contradicción insoluble al parecer propia de una determinada doctrina político-social de Occidente. Nos referimos al conocido ejemplo del eclipse de luna. En realidad, es un ejemplo archiabsurdo. Entre las condiciones cuya conjunción es indispensable para que se produzca un eclipse de luna, la actividad humana no interviene, ni puede intervenir de ningún modo, y, por ese solo hecho, únicamente en un manicomio podría formarse un partido que se propusiese contribuir al eclipse de la luna. Pero, aunque la actividad humana fuese una de esas condiciones, ninguno de los que deseando ver un eclipse de luna, estuviesen al mismo tiempo convencidos de que fatalmente se producirá incluso *sin su participación*, se adheriría a dicho partido. En este caso, su “quietismo” no sería más que la abstención de una *acción superflua, es decir, inútil*, y no tendría nada que ver con el verdadero quietismo. Para que el ejemplo del eclipse dejara de ser absurdo en el caso arriba mencionado habría que cambiar totalmente su naturaleza. Habría que imaginarse que la luna está dotada de conciencia y que la situación que ocupa en el espacio, gracias a la cual tiene lugar su eclipse, se le aparece como el fruto de su libre albedrío y no sólo le produce un enorme placer, sino que es absolutamente indispensable para su tranquilidad moral, por lo que tiende siempre apasionadamente a ocupar esta posición⁶. Después de imaginarnos todo eso, deberíamos preguntarnos: ¿Qué experimentaría la luna si descubriera al fin que, en realidad, no es la voluntad ni son los “ideales” suyos los que determinan su movimiento en el espacio, sino que por el contrario, es un movimiento el que determina su voluntad y sus “ideales”? Según Stammler, ese descubrimiento la haría incapaz, con toda seguridad, de moverse, si es que no lograba salir del enredo gracias a alguna contradicción lógica. Pero esta hipótesis carece de toda base. Este descubrimiento podría constituir uno de los fundamentos *formales* del malestar de la luna, de su desacuerdo moral consigo misma, de la contradicción entre sus “ideales” y la realidad mecánica. Pero como nosotros suponemos que, *en general*, el “estado síquico de la luna” está condicionado, en fin de cuentas, por su movimiento, es en el movimiento donde habría que buscar el origen de su malestar espiritual. Examinando atentamente la cuestión resultaría, a lo mejor, que cuando se encuentra en su apogeo, la luna sufre porque su voluntad no está libre, y encontrándose en el perigeo, la misma circunstancia constituye para ella una nueva fuente formal de goce y elevado estado moral. También podría resultar al revés: que fuera en su apogeo y no en el perigeo cuando encontraba los medios de conciliar la libertad con la necesidad. Pero, de cualquier manera, está fuera de dudas que tal conciliación es absolutamente posible; que la conciencia de la necesidad concuerda perfectamente con la más enérgica acción en la práctica. En todo caso, así sucedía hasta ahora en la Historia. Los hombres que negaban el libre albedrío superaban frecuentemente a todos los contemporáneos por la fuerza de su propia voluntad, a la que formulaban mayores exigencias. Los ejemplos son numerosos y bien conocidos. Únicamente es posible olvidarlos, como, por lo visto, hace Stammler, cuando de propio intento, no quiere ver la realidad histórica tal como es. Semejante falta de deseo se manifiesta muy poderosamente, por ejemplo, entre nuestros subjetivistas y

⁶ *C'est comme si l'aiguille prenait plaisir de se torner vers le nord car elle croirait tourner indépendamment de quele autre cause, n'apercevant pas des mouvements insensibles de la matière magnétique*. Leibniz, *Théodicée*, Lausana, MDCCIX, página 598. (“Esl cual si la guja magnética, sin apreciar de la influencia del magnetismo y creyendo que gira independiente de toda otra causa, encontrase placer girando hacia el norte”). [G. V. Plejánov]

entre algunos filisteos alemanes. Pero los filisteos y los subjetivistas no son hombres, sino simples *fantasmas*, como diría Belinski⁷.

Examinaremos, no obstante, más de cerca el caso cuando las acciones propias del hombre (pasadas, presentes o futuras), se le aparecen claramente bajo la forma de la necesidad. Ya sabemos que, en este caso, el hombre (considerándose a sí mismo un enviado de Dios, como Mahoma, o un elegido por el destino ineluctable, como Napoleón, o un portador de la fuerza invencible del movimiento histórico, como algunos hombres públicos del siglo XIX) pone de manifiesto una fuerza de voluntad casi ciega, destruyendo como castillos de naipes todos los obstáculos levantados en su cambio por los Hamlets⁸ grandes y pequeños de toda comarca⁹. Pero ahora este caso nos interesa bajo otro aspecto, que es el que vamos a analizar. Cuando la conciencia de la falta de libertad de mi voluntad se me presente únicamente bajo la forma de una imposibilidad total, subjetiva y objetiva, de proceder de modo distinto a como lo hago, y cuando mis acciones se me aparecen, al mismo tiempo, como las acciones más deseables entre todas las posibles, en tal caso la necesidad se identifica en mi conciencia con la libertad, y la libertad con la necesidad, y entonces yo no soy libre únicamente en el sentido *de que no puedo destruir esta identidad entre la libertad y la necesidad; no puedo oponer la una a la otra; no puedo sentirme trabado por la necesidad. Pero esta falta de libertad es al mismo tiempo la manifestación más completa de libertad.*

Simmel¹⁰, dice que la libertad es siempre la libertad respecto a algo, y allí donde la libertad no se concibe como algo opuesto a una traba, deja de tener sentido. Esto, naturalmente, es cierto. Pero no es posible, basándose en esta pequeña verdad elemental, refutar la tesis de que la libertad es la necesidad hecha conciencia, tesis que constituye uno de los descubrimientos más geniales del pensamiento filosófico. La definición de Simmel es muy estrecha: se refiere únicamente a la libertad no sujeta a trabas exteriores. Mientras se trató solamente de tales trabas, la identificación de la libertad con la necesidad sería en extremo ridícula: el ladrón no es libre de robarnos ni siquiera el pañuelo del bolsillo si se lo impedimos y, en tanto, que no ha vencido, de uno u otro modo, nuestra resistencia. Pero, además de esta noción elemental y superficial de la libertad, existe otra, incomparablemente más profunda. Para las personas incapaces de pensar de un modo filosófico, esta noción no existe en absoluto, y la gente capaz de pensar así, alcanza esta noción únicamente cuando consigue desprenderse del dualismo y comprender que entre el sujeto, por un lado, y el objeto, por otro, no existe en realidad el abismo que suponen los dualistas.

El subjetivista ruso opone sus ideales utópicos a nuestra realidad capitalista y no va más allá. Los subjetivistas¹¹ se han quedado encharcados en el *dualismo*. Los ideales de los llamados “discípulos”¹² rusos se parecen a la realidad capitalista incomparablemente menos que los ideales de los subjetivistas. A pesar de esto, los

⁷ Belinski (1811-1848). Destacado crítico y publicista ruso.

⁸ Alusión al cuento de Turguénev *El Hamlet de la comarca de Chigrov*.

⁹ Citaremos un ejemplo más que demuestra con evidencia la fuerza de los sentimientos de gentes de esta categoría. La duquesa de Ferrara, Renée (hija de Luis XII), dice en una carta dirigida a Calvino, su maestro: “No, no he olvidado lo que me habéis escrito: David odiaba a muerte a los enemigos de Dios; y yo misma jamás dejaré de obrar en forma idéntica, pues si yo supusiera que el rey, mi padre, y la reina, mi madre, mi difunto señor marido (*feu monsieur mon mari*) y todos mis hijos estaban maldecidos por Dios, los odiaría a muerte y desearía que fuesen a para al infierno”, etc. ¡De qué energía tan terrible y arrolladora son capaces gentes embargadas por tales sentimientos! Ahora bien, esas gentes negaban el libre albedrío. [G. V. Plejánov]

¹⁰ Simmel, Jorge (1858-1918), Filósofo y sociólogo alemán de tendencia idealista, discípulo de Kant.

¹¹ Subjetivistas populistas rusos (P. Lavrov, N. Mijailovski, N. Kareiev y otros).

¹² “Discípulos rusos”. Nombre convencional con el que se denominaba en la prensa legal a los socialdemócratas rusos para burlar la censura.

“discípulos” han sabido hallar un puente para unir los ideales con la realidad. “Los discípulos” se han elevado hasta el *monismo*. Según ellos, el capitalismo, en su desarrollo, conducirá a su propia negación y a la realización de los ideales de los “discípulos” rusos, y no sólo de los rusos. Es una necesidad histórica. El “discípulo” es un instrumento de esta necesidad y no puede dejar de serlo, tanto por su situación social como por su carácter intelectual y moral, creado por esta situación. Esto también es un aspecto de la necesidad. Pero, desde el momento en que su situación social ha formado en él precisamente este carácter y no otro, él no sólo sirve de instrumento a la necesidad, y no sólo no puede no servirle, sino que *apasionadamente quiere y no puede dejar de querer servirle*. Este es un aspecto de la libertad, una libertad surgida de la necesidad, o más exactamente, una libertad que se ha identificado con la necesidad, es la necesidad hecha libertad¹³. Semejante libertad también es una libertad respecto a alguna traba; ella también se opone a una restricción de libertad: las definiciones profundas no refutan a las superficiales, sino que, completándolas, las abarcan. Pero ¿de qué trabas, de qué restricción de libertad, puede, pues, tratarse en este caso”? La cosa es clara; de las trabas morales que frenan la energía de los hombres que no se han despojado del dualismo; de las restricciones que constituyen un motivo de sufrimiento para aquéllos que no han sabido tender un puente a través del abismo que separa los ideales de la realidad. En tanto que el individuo no ha conquistado esta libertad mediante un esfuerzo viril del pensamiento filosófico, no es aun plenamente dueño de sí mismo y con sus propios sufrimientos morales paga un tributo vergonzoso a la necesidad exterior con la que se enfrenta. Pero, en cambio, apenas este mismo individuo se libera del yugo de las trabas abrumadoras y oprobiosas, nace a una vida nueva, plena, desconocida hasta entonces, y su libre actividad se convierte en una expresión *consciente y libre de la necesidad*¹⁴. El individuo se convierte en una gran fuerza social y ningún obstáculo podrá ya impedirle lanzarse con la furia de los dioses sobre la pérfida iniquidad.

III. [Tesis, antítesis y síntesis]

Lo repetimos una vez más: la conciencia de la necesidad absoluta de un determinado fenómeno, sólo puede acrecentar la energía del hombre que simpatiza con él y que se considera a sí mismo una de las fuerzas que originan dicho fenómeno. Si este hombre, consciente de la necesidad de tal fenómeno, se cruzara de brazos, demostraría con ello que conoce mal la aritmética. Supongamos, en efecto, que el fenómeno *A* tiene que producirse necesariamente si existe una determinada suma de condiciones. Ustedes me han demostrado que esta suma, en parte, existe ya y la otra parte será asegurada en un determinado momento *T*. Convencido de eso, yo, hombre que simpatiza con el fenómeno *A*, exclamo: “¡Muy bien!”, y me echo a dormir hasta el día feliz en que se produzca el acontecimiento predicho por ustedes. ¿Qué resultará de ello?

Lo siguiente: según los cálculos de ustedes, la suma necesaria para que se produzca el fenómeno *A* comprendía también mi actividad, igual por ejemplo, a *a*. Pero como yo me eché a dormir, en el momento *T* la suma de condiciones favorables para el

¹³ “Die Notwendigkeit wird nicht dadurch zur Freiheit, dass sie verschwindet, sondern dass nur ihre noch innere Identität manifestiert wird”. (“La necesidad se convierte en libertad no porque desaparezca, sino porque se manifiesta su identidad, por el momento aún interna...”). Hegel *La ciencia y la lógica*, nurember, 1816, parte II, página 281. [G. V. Plejánov]

¹⁴ El viejo Hegel dice claramente en otro lugar: “Die Freiheit ist dies, Nichts zu wollen als sich”. (“La libertad no es más que la afirmación de uno mismo”). *Philosophie der Religion*, Obras Completas, Toomo XII, página 98. [G. V. Plejánov]

advenimiento de dicho fenómeno ya no será S , sino $S-a$, lo que altera la situación. Mi lugar será probablemente ocupado por otro hombre, que también se hallaba próximo a la inactividad, pero sobre quien ha ejercido una influencia saludable el ejemplo de mi apatía, que le pareció muy repulsiva. En este caso, la fuerza a será sustituida por la fuerza b , y si a es igual a b ($a=b$), la suma de condiciones que favorecen el advenimiento de A quedará igual a S y el fenómeno A se producirá en el mismo momento T .

Pero si la fuerza mía no es igual a cero, si soy un militante hábil y capaz y nadie me puede sustituir, entonces la suma S no será completa y el fenómeno A o se producirá más tarde de lo que habíamos calculado o no se producirá tal como lo esperábamos, o no se producirá de ningún modo. Esto es claro como la luz del día, y si yo no lo comprendo, si yo pienso que S continuará siendo S después de ser yo reemplazado, se debe únicamente al hecho de que yo no sé contar. Pero ¿soy yo acaso el único que no sabe contar? Ustedes que me han anticipado que la suma S se producirá necesariamente en el momento T , no han previsto que yo me echaría a dormir inmediatamente después de nuestra conversación: estaban seguros de que yo continuaría siendo hasta el fin un buen militante; han tomado ustedes una fuerza menos segura, por una fuerza más segura. Por consiguiente, también ustedes han calculado mal. Pero supongamos que han acertado en todo, que lo tuvieron todo en cuenta. En tal caso, los cálculos de ustedes adquirirán el siguiente aspecto: dicen que en el momento T tendremos una suma S . En esta suma de condiciones entrará mi substitución como un *valor negativo*; entrará asimismo como un *valor positivo* la acción estimulante que en los hombres de espíritu fuerte produce la seguridad de que sus aspiraciones e ideales son una expresión subjetiva de la necesidad objetiva. En este caso, tendremos la suma S en el momento calculado y el fenómeno A se producirá. Todo parece claro. Pero, siendo así, ¿por qué me ha desconcertado la idea de la inevitabilidad de fenómeno A ? ¿Por qué me ha parecido que ella me condenaba a la inactividad? ¿Por qué reflexionando sobre ella, me he olvidado de las más simples reglas de la aritmética? Probablemente porque mi educación ha sido tal, que ya antes la inactividad con fuerza me atraía y nuestra conversación no ha sido más que la gota que ha hecho desbordar el vaso de esta inspiración tan loable. Esto es todo. *Sólo en este sentido, en el sentido de un pretexto para revelar mi debilidad e inutilidad moral, figuraba aquí la conciencia de la necesidad.* Pero ésta no puede de ninguna manera ser considerada como causa de mi debilidad. La causa no reside en ella, sino en las condiciones de mi educación. Por consiguiente..., por consiguiente, la aritmética es una ciencia extraordinariamente útil y respetable, cuyas reglas no deben olvidar incluso los señores filósofos, y precisamente, de un modo especial los señores filósofos.

¿Y cómo actúa la conciencia de la necesidad de un fenómeno determinado sobre el hombre fuerte que no simpatiza con el mismo y *se opone* a su advenimiento? Aquí las cosas cambian un poco. Es muy probable que la conciencia *debilita* la energía de su resistencia. Pero ¿cuándo los enemigos de un fenómeno determinado se convencen de su inevitabilidad? Cuando las circunstancias que lo favorecen se hacen muy numerosas y muy fuertes. La conciencia que los enemigos de ese fenómeno adquieren de su inevitabilidad y el debilitamiento de sus energías no son más que la manifestación de la fuerza de las condiciones que le son favorables. Tales manifestaciones forman parte, a su vez, de estas condiciones favorables.

Pero la energía de la resistencia no disminuirá en todos los adversarios; en algunos se acrecentará como consecuencia del reconocimiento de su inevitabilidad, transformándose en la energía de la desesperación. La Historia en general, y la Historia

de Rusia en particular, nos brinda muchos ejemplos instructivos de energías de este género. Confiamos en que el lector los tendrá presentes sin nuestra ayuda.

Aquí nos interrumpe el señor Kareiev, que si bien, naturalmente, no participa de nuestro punto de vista sobre la libertad y la necesidad y, además, no aprueba nuestro apasionamiento por los “excesos” de los hombres fuertes, ve, no obstante, con simpatía la idea que sostiene nuestra revista¹⁵, de que el individuo puede convertirse en una gran fuerza social. El respetable profesor exclama satisfecho: “Yo siempre lo he dicho”. Es verdad. El señor Kareiev y todos los subjetivistas han atribuido siempre al individuo un papel muy importante en la Historia. Hubo un tiempo en que esto despertaba grandes simpatías entre la juventud avanzada, que aspiraba a llevar a cabo nobles empresas por el bien común y que, por lo mismo, estaba, naturalmente, inclinada a estimar en alto grado la importancia de la iniciativa personal. Pero, en el fondo, los subjetivistas nunca han sabido, no ya resolver, si no ni siquiera plantear con acierto la cuestión sobre el papel del individuo en la Historia. Ellos oponían la “actividad de los espíritus críticos” a la influencia *de las leyes* del movimiento histórico de la sociedad, creando así una nueva variedad de la teoría de los factores; los “espíritus críticos” constituían *uno de los factores* siendo el *otro* las leyes propias de dicho movimiento. Como resultado de eso se ha llegado a una doble incongruencia, que podía satisfacer solamente mientras la atención de los “individuos” activos estuviese concentrada sobre los problemas prácticos del día, mientras no les restase tiempo para ocuparse de los problemas filosóficos. Pero desde el momento en que la calma que sobrevino en la década del 80 brindó a aquéllos que poseían la capacidad de pensar un momento de descanso forzado para entregarse a reflexiones filosóficas, la doctrina subjetivista comenzó a resquebrajarse por todas las junturas e incluso a caerse en pedazos, como el famoso capote de Akaki Akákievich¹⁶. Los remiendos para nada servían y los hombres de pensamiento, comenzaron, uno tras otro a renunciar al subjetivismo como a una doctrina perfecta y evidentemente inconsistente. Mas, como sucede con frecuencia en tales casos, la reacción contra el subjetivismo condujo a algunos de sus adversarios al extremo opuesto. Mientras algunos de los subjetivistas, tratando de atribuir al “individuo” un papel en la Historia lo más amplio posible, se negaban a reconocer el movimiento histórico de la humanidad como un proceso regular, algunos de sus novísimos adversarios, tratando de recalcar lo mejor posible ese carácter regular del movimiento, estaban prontos, por lo visto, a olvidar que *la Historia la hacen los hombres y que, por lo tanto, la actividad de los individuos no deja de tener su importancia*. Consideraban al individuo como una *quantité négligeable* (una magnitud despreciable). Teóricamente, este extremismo es tan inadmisibile como aquel al que llegaron los más furibundos subjetivistas. Tan inconsistente es sacrificar la tesis a la antítesis como olvidarse de la *antítesis* en aras de la *tesis*. Únicamente será encontrado el punto de vista certero, cuando sepamos reunir en la *síntesis* las partes de verdad contenidos en aquéllas.¹⁷

¹⁵ Plejánov se refiere a la revista *Nauchnoie Obosrenie (Comentario científico)*, en la que apareció esta obra en 1898 firmada con el pseudónimo A. Kirsánov.

¹⁶ Akaki Akakievich. Pequeño funcionario, héroe del famoso cuento de Gógol *El capote*.

¹⁷ El mismo Kareiev se nos ha adelantado en la aspiración a la síntesis. Pero, desgraciadamente, no ha ido más allá del reconocimiento de la verdad de que el hombre se compone de cuerpo y alma. [G. V. Plejánov].

IV. [Acerca de las opiniones de Carlos Lamprecht]

Nos interesa desde hace mucho este problema y hace ya mucho tiempo que queríamos invitar al lector a abordarlo junto con nosotros. Pero nos retenían ciertos escrúpulos: pensábamos que tal vez nuestros lectores lo habrían ya resuelto por sí mismos y que nuestra proposición resultase tardía. Ahora, nuestras aprensiones han desaparecido. Nos han descargado de ellas los historiadores alemanes. Hablamos completamente en serio. Resulta que, en estos últimos tiempos, los historiadores alemanes han sostenido una polémica muy viva acerca de las grandes figuras históricas. Unos se inclinaban a ver en la actividad política de estos hombres el resorte principal y casi exclusivo del desarrollo histórico, mientras que otros afirmaban que semejante punto de vista es unilateral y que la ciencia histórica debe tener presente, no sólo la actividad de los grandes hombres, y no sólo la historia política, sino todo el conjunto de la vida histórica en general (*das Ganze des geschichtlichen lichen Lebens*). Uno de los representantes de esta última corriente es Carlos Lamprecht,¹⁸ el autor de la *Historia del pueblo alemán*. Los adversarios de Lamprecht lo acusaban de “colectivismo” y de materialismo, y lo colocaban (*horrible dictu!*, terrible sentencia) en un mismo plano que los “ateos socialdemócratas” según la expresión que él ha empleado al final de la disensión. Al conocer nosotros sus puntos de vista, nos dimos cuenta de que las acusaciones lanzadas contra el pobre sabio eran completamente infundadas. Al mismo tiempo nos convencimos de que los historiadores alemanes contemporáneos no son capaces de resolver la cuestión del papel del individuo en la Historia. Fue entonces cuando nos consideramos con derecho a suponer que el problema continuaba todavía sin resolver, incluso para algunos lectores rusos, y que, en relación con él, aún ahora pueden decirse cosas no del todo desprovistas de interés teórico y práctico.

Lamprecht reunió toda una colección de opiniones (*eine artige Sammlung*, según su expresión) de destacados hombres de Estado resepecto a su actividad en relación con el ambiente histórico en la que ésta se desarrolló; pero en su polémica se ha limitado hasta ahora a citar algunos discursos y opiniones ele *Bismarck*. Cita las siguientes palabras pronunciadas por el canciller de hierro en el Reichstag de la Alemania del Norte el día 16 de abril de 1869: “No podemos, señores, ni ignorar la historia del pasado ni crear el futuro. Quisiera prevenirles contra el error que lleva a algunos a adelantar el reloj imaginándose que con ello aceleran la marcha del tiempo. Generalmente se exagera mucho mi influencia sobre los acontecimientos en los que me he apoyado, pero, a pesar de todo, a nadie se le ocurrirá exigirme que yo haga la *Historia*. Esto me habría sido imposible incluso con el concurso de ustedes, aunque, yendo unidos, habríamos podido hacer frente a todo un mundo. Pero nosotros no podemos hacer la Historia; debemos esperar hasta que ella se haga. No aceleraremos el sazamiento de los frutos con exponerlos al calor de una lámpara, y arrancarlos verdes no es otra cosa que impedir su crecimiento y echarlos a perder”. Basándose en el testimonio de Joly, Lamprecht cita también las opiniones que Bismarck ha expresado en más de una ocasión durante la guerra fraucoprusiana. Su sentido general es siempre el mismo; “No podemos suscitar los grandes acontecimientos históricos, sino que debemos atenernos a la marcha natural de las cosas y limitarnos a asegurarnos aquello que ya ha madurado”. En estas palabras Lamprecht ve una verdad profunda y completa. El historiador no puede, según él, pensar de otro modo si es que sabe mirar al fondo de los acontecimientos y no limitar su campo visual a un corto período de tiempo. ¿Podría acaso Bismarck hacer retroceder a Alemania a la economía natural? Esto le habría sido imposible incluso cuando se hallaba en el apogeo de su poder. Las condiciones históricas generales son más

¹⁸ Lamprecht, Carlos (1856-1915). Historiador burgués alemán autor de una historia de Alemania.

poderosas que las personalidades más fuertes. El carácter general de su época es para el gran hombre “*una necesidad dada empíricamente*”.

Así opina Lamprecht, llamando universal a su concepción. No es difícil observar el lado débil de esta concepción “universal”. Las citadas opiniones de Bismarck son muy interesantes como documento psicológico. Se puede no simpatizar con la actividad del antiguo canciller alemán, pero no se puede afirmar que ésta careciera de importancia, ni que Bismarck se distinguiera por su “quietismo”. Es de él de quien decía Lasalle: “Los servidores de la reacción no son elocuentes, pero quiera Dios que la causa del progreso disponga de un mayor número de servidores como esos”. Y es así como este hombre, que ha dado más de una vez pruebas de una energía verdaderamente de hierro, se consideraba en absoluto impotente ante el curso natural de las cosas; es evidente que él se consideraba como un simple instrumento del desarrollo histórico: esto demuestra una vez más que se puede enfocar los fenómenos a la luz de la necesidad y ser al mismo tiempo un hombre de acción muy enérgico. Pero sólo bajo este aspecto son interesantes las opiniones de Bismarck; no podemos considerarlas como una solución al problema del papel del individuo en la Historia. Según Bismarck, los acontecimientos sobrevienen por sí mismos, y nosotros no podemos garantizarnos más que lo que ellos preparan. Pero cada acto de “garantía” representa en sí un acontecimiento histórico también; ¿en qué se diferencian, pues, estos acontecimientos de los que sobrevienen por sí mismos? En realidad, casi todo acontecimiento histórico es, al mismo tiempo, también algo que “garantiza” a alguien los frutos ya maduros del desarrollo anterior y uno de los eslabones de la cadena de acontecimientos que preparan los frutos del porvenir. ¿Cómo pueden, pues, oponerse los actos de “garantía” a la marcha natural de los acontecimientos? Por lo visto, Bismarck ha querido decir que los individuos y grupos que actúan en la Historia jamás han sido ni serán omnipotentes. Esto, naturalmente, está fuera de toda duda. Pero nosotros quisiéramos saber, sin embargo, de qué depende su fuerza, que dista, evidentemente, de ser omnipotente; en qué condiciones aumenta o disminuye. Ni Bismarck ni el sabio defensor de la concepción “universal” de la Historia, que cita sus palabras, nos dan la solución del problema.

Es verdad que en los escritos de Lamprecht encontramos citas más explícitas¹⁹. Por ejemplo, él transcribe las siguientes palabras de Monod, uno de los representantes más destacados de la ciencia histórica moderna de Francia: “Los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar atención exclusivamente a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres, en lugar de presentar los grandes y lentos movimientos de las condiciones económicas y de las instituciones sociales que constituyen la parte realmente interesante y permanente del desarrollo de la humanidad, la parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometidas hasta cierto grado a un análisis exacto. En efecto, los grandes acontecimientos y las grandes personalidades lo son precisamente como signos y símbolos de diferentes etapas de dicho desarrollo. En cambio, la mayoría de los llamados acontecimientos históricos son, a la verdadera historia, lo que al movimiento profundo y constante del flujo y reflujo las olas que nacen en la superficie del mar y que brillan un momento con su luz viva para ir a estrellarse luego contra la costa arenosa, sin dejar rastros”. Lamprecht declara su conformidad absoluta con cada una de estas palabras de Monod. Es sabido que a los sabios alemanes no les gusta estar de acuerdo con los sabios franceses, ni a éstos con los

¹⁹ Teníamos y tendremos en cuenta su artículo “Der Ausgang des Geschichtswissenschaftlichen Kampfes”, *Die Zukunft*, 1897, número 44, sin referirnos a otros artículos histórico-filosóficos de Lamprecht. [G. V. Plejánov].

alemanes. Por esta razón, el historiador belga Pirenne hace resaltar con particular satisfacción en la *Revue historique* esta coincidencia de las concepciones históricas de Monod con las de Lamprecht. “Esta coincidencia es muy significativa [observa Pirenne] ella demuestra, evidentemente, que el futuro pertenece a las nuevas concepciones históricas”.

V. [Sobre la actividad consciente de los individuos]

No participamos de las gratas esperanzas de Pirenne. El futuro no puede pertenecer a concepciones confusas e indefinidas; tales, precisamente, son las de Monod y, sobre todo, las de Lamprecht. No es posible, naturalmente, dejar de saludar la tendencia que proclama que la tarea primordial de la ciencia histórica es el estudio de las instituciones sociales y de las condiciones económicas. Esta ciencia irá lejos, cuando dicha tendencia arraigue en ella definitivamente. Pero, en primer término, Pirenne se equivoca considerando que esta tendencia es nueva. Ha surgido en la ciencia histórica ya en la segunda década del siglo XIX: sus representantes más destacados y consecuentes fueron Guizot, Mignet, Agustín Thierry²⁰ y, más tarde, Tocqueville y otros. Las ideas de Monod y Lamprecht no son más que una copia pálida de un original viejo, pero muy notable. En segundo término, por profundas que hayan sido para su época las concepciones de Guizot, Mignet y otros historiadores franceses, muchos puntos han quedado sin esclarecer. No dan una solución precisa y completa a la cuestión del papel del individuo en la Historia. Ahora bien, la ciencia histórica debe resolver de una manera efectiva esta cuestión, si es que sus representantes quieren librarse de una concepción unilateral del objeto de su ciencia. El futuro pertenece a la escuela que mejor resuelva este problema.

Las ideas de Guizot, Mignet y otros historiadores pertenecientes a esta tendencia, eran como una reacción frente a las ideas históricas del siglo XVIII y son su *antítesis*. Los hombres que en aquel siglo se ocupaban de la filosofía de la Historia lo reducían todo a la *actividad consciente de los individuos*. Ciertamente, existían también entonces algunas excepciones a la regla general: el campo visual histórico-filosófico, por ejemplo, de Vico, Montesquieu y Herder²¹ era mucho más amplio. Pero nosotros no nos referimos a las excepciones, la enorme mayoría de los pensadores del siglo XVIII interpretaban la Historia tal como lo hemos expuesto. Es muy interesante a este respecto volver a leer hoy las obras históricas de Mably²². Según este autor, fue Minos el que organizó la vida social y política y las costumbres de los cretenses, mientras Licurgo prestó el mismo servicio a Esparta. Si los espartanos “despreciaban” los bienes materiales, esto es debido a Licurgo, que “penetró, por decirlo así, hasta el corazón mismo de sus conciudadanos y ahogó en ellos todo germen de pasión por las riquezas”

²⁰ Guizot, Mignet, Thierry. Historiadores burgueses franceses de la época de la Restauración (1814-1830).

²¹ Vico, filósofo italiano e historiados de la primera mitad del siglo XVIII; Montesquieu, sociólogo francés del mismo período; Herder, filósofo alemán e historiador de la segunda mitad del siglo XVIII. En sus obras trataban de fundamentar la regularidad del proceso histórico, de presentar la marcha de los acontecimientos históricos como independiente de la voluntad y aspiraciones de los reyes, de los hombres de Estado y de los gobernantes. Vico veía la regularidad en la alternación de los auges y decadencias de los estados, que se sustituían en el eterno ciclo de la historia, condicionado, según él, por la voluntad de Dios. Montesquieu y Herder trataban de fundamenta la regularidad de la Historia mediante la influencia de las condiciones naturales, fundamentalmente climatológicas y geográficas en la sociedad.

²² Mably, Gabriel (1709-1785). Abate, comunista utópico francés. Veía la causa fundamental de los cambios históricos en la actuación de los soberanos y de las personalidades destacadas.

(*decendit pour ainsi dire jusque dans le fond du coeur des citoyens*, etc.)²³. Y si más tarde los espartanos abandonaron la senda señalada por el sabio Licurgo la culpa es de Lisandro, que les había convencido de que “los tiempos nuevos y las nuevas circunstancias exigen, nuevas leyes y una política nueva”²⁴. Las obras escritas partiendo de este punto de vista, no tenían nada que ver con la ciencia y se escribían, como sermones, únicamente con vistas a las “lecciones” morales que de ellos se desprenden. Contra estas concepciones fue contra las que se levantaron los historiadores franceses de la época de la Restauración. Después de las convulsiones de fines del siglo XVIII, era ya en absoluto imposible considerar a la Historia como obra de personalidades más o menos eminentes, más o menos nobles e ilustradas, que arbitrariamente inculcaran a una masa ignorante, pero sumisa, estos o los otros sentimientos e ideas. Contra tal filosofía de la Historia se rebelaba además el orgullo plebeyo de los teóricos burgueses. Eran los mismos sentimientos que todavía en el siglo XVIII se pusieron de manifiesto en la naciente dramaturgia burguesa. En la lucha contra las viejas concepciones históricas, Thierry empleaba, entre otros, los mismos argumentos que fueron empleados por Beaumarchais y otros contra la vieja estética²⁵. Por último, las tempestades que poco tiempo antes habían estallado en Francia, demostraban claramente que la marcha de los acontecimientos históricos estaba lejos de ser determinada exclusivamente por la actividad consciente de los hombres; esta sola circunstancia debía ya sugerir la idea de que los acontecimientos tienen lugar bajo la influencia de cierta necesidad latente que actúa de manera ciega, como las fuerzas de la naturaleza, pero conforme a determinadas leyes inexorables. Es interesante (aunque hasta ahora, que nosotros sepamos, nadie lo ha señalado) el hecho de que la nueva concepción de la Historia, como proceso que obedece a determinadas leyes, fue defendido de la manera más consecuente por los historiadores franceses de la época de la Restauración, y precisamente en las obras dedicadas a la Revolución Francesa. Tales eran, entre otras, las obras de Mignet. Y Thiers²⁶. Chateaubriand dio el nombre de *fatalista* a la nueva escuela histórica. He aquí cómo él definía las tareas que esta escuela planteaba ante los investigadores. “Este sistema exige que el historiador relate sin indignación las ferocidades más atroces, que hable sin amor de las más altas virtudes y con su fría mirada no vea en la vida social más que la manifestación de las leyes ineluctables, en virtud de las cuales todo fenómeno se produce precisamente como inevitablemente debía producirse”²⁷. Esto, naturalmente, es inexacto. La nueva escuela no exigía de ningún modo la impassibilidad del historiador. Agustín Thierry incluso declaró abiertamente que las pasiones políticas, aguzando el espíritu del investigador, pueden ser un arma potente para el descubrimiento de la verdad²⁸. Y basta repasar las obras históricas de Guizot, Thierry o Mignet, para ver que ellos estaban animados de la simpatía más viva hacia la burguesía, tanto en su lucha contra la aristocracia y el clero, como en su tendencia a ahogar las reivindicaciones del proletariado naciente. Pero lo que es indiscutible es que la nueva

²³ Véase *Oeuvres complètes de l'abbé de Mably*, Londres, 1789, Tomo IV, páginas 3, 14-22 y 192. [G. V. Plejánov].

²⁴ Obra citada, página 109. [G. V. Plejánov].

²⁵ Compárese la primera carta sobre la *Historia de Francia* con el *Essai sur le genre dramatique sérieux* insertado en el primer tomo de las *Obras Completas* de Beaumarchais. [G. V. Plejánov].

²⁶ Thiers (1797-1877). Hombre de estado francés, publicista e historiador reaccionario, organizador del despiadado aplastamiento de la Comuna de París.

²⁷ Chateaubriand, *Obras Completas*, Tomo VII, página 58. París, 1860. Recomendamos al lector la lectura atenta de la página siguiente; podría pensarse que ha sido escrita por el señor N. Mijailovski. [G. V. Plejánov].

²⁸ Véase *Considerations sur l'histoire de France*, suplemento de *Recits des temps Mérovingiens*, París, 1840, página 72. [G. V. Plejánov]

escuela histórica ha surgido entre 1820 y 1830, es decir, en una época en que la aristocracia estaba ya vencida por la burguesía, aunque aquélla trataba aún de restablecer algunos de sus viejos privilegios. El orgullo que les infundía la conciencia del triunfo de su clase se reflejaba en todos los razonamientos de los historiadores de la nueva escuela. Y como la burguesía no se ha distinguido nunca por una delicadeza caballeresca de sentimientos, es natural que en los argumentos de sus sabios representantes asomara a veces la crueldad hacia el vencido. “*Le plus fort absorbe le plus faible; cel est de droit*” (el más fuerte absorbe al más débil, lo cual es legítimo), dice Guizot en uno de sus panfletos. No menos cruel es su actitud hacia la clase obrera. Esta crueldad, que en determinadas épocas adquiriría la forma de una impasibilidad tranquila, indujo a error a Chateaubriand. Además, entonces no se veía claramente aún cómo debía concebirse la *regularidad* del movimiento histórico. Por último, la nueva escuela podía parecer fatalista precisamente porque, tratando de apoyarse con decisión sobre la regularidad, se ocupaba poco de las grandes personalidades históricas²⁹. Esto es lo que no podían comprender fácilmente gente formada en las ideas históricas del siglo XVIII. Sobre los nuevos historiadores se volcaron las refutaciones procedentes de todos lados, y fue entonces cuando se entabló la discusión que, como hemos visto, continúa en nuestros días.

En enero de 1828, Sainte-Beuve³⁰, escribió en *Globe*, con motivo de la aparición de los tomos V y VI de la *Historia de la Revolución Francesa*, de Mignet: “En cada momento dado, el hombre puede, por una decisión súbita de su voluntad, introducir en la marcha de los acontecimientos una fuerza nueva, inesperada y variable, capaz de imprimirle otra dirección, pero que, no obstante, sola no se presta a ser medida a causa de su variabilidad”. No hay que pensar que Saint-Beuve, suponía que las “decisiones súbitas” de la voluntad del hombre aparecen sin razón alguna. No. Sería muy ingenuo. Él no ha hecho más que afirmar que las cualidades intelectuales y morales del hombre que desempeña un papel más o menos importante en la vida social, su talento, sus conocimientos, su decisión o indecisión, su valor, o cobardía, etc., no podían dejar de ejercer una influencia notable sobre el curso y el desenlace de los acontecimientos, y, sin embargo, estas cualidades no se explican solamente por las leyes generales del desenvolvimiento de los pueblos, sino que se forman, siempre y en alto grado, bajo la influencia de lo que podríamos llamar casualidades de la vida privada. Citaremos unos cuantos ejemplos para aclarar este pensamiento, que, por otra parte, nos parece suficientemente claro.

En la Guerra de Sucesión de Austria, las tropas francesas obtuvieron unas cuantas victorias brillantes y Francia hubiera podido, indudablemente, lograr de Austria la cesión de un territorio bastante extenso en lo que hoy es Bélgica; pero Luis XV, no exigía esta anexión porque él, según decía, no peleaba como mercader, sino como rey; así, la paz de Aquisgrán, no ha dado nada a los franceses. Pero si el carácter de Luis XV

²⁹ En el artículo dedicado a la tercera edición de la *Historia de la Revolución Francesa* de Mignet, Saint-Beuve caracterizaba de la siguiente manera la actitud de este historiador hacia las personalidades: “*a la vue des vastes et profondes émotions populaires qu’il avait à décreire, au spectacle de l’impuissance et du néant où tombent les plus sublimes génies, les vertus saintes, alors que les masses se souèvent, il s’est pris de pitié pour les individus n’a vu en eux pris isolement que faibleisse et ne leur a reconnu d’action efficace que dans leur unión avec la multitude*” (“Ante la vista de las vastas y profundas emociones populares que tuvo que describir, frente al espectáculo de la incapacidad e impotencia de los genios más sublimes y de las virtudes más santas cuando se sublevaron las masas, fue embargado por un sentimiento de compasión hacia el individuo, sin ver en éste nada más que flaqueza y negándole su capacidad para llevar a cabo una acción eficaz de no ser en unión con la masa”). [G. V. Plejánov]

³⁰ Saint-Beuve, Agustín (1804-1869). Poeta y crítico literario francés. Consideraba la actividad del individuo como independiente de las condiciones sociales.

hubiese sido otro, el territorio de Francia, tal vez hubiera aumentado, por cuyo motivo hubiera variado un tanto el curso de su desarrollo económico y político.

Como es sabido, la Guerra de los Siete Años, Francia la llevó a cabo en alianza con Austria. Se dice que en la concentración de esta alianza influyó grandemente Madame de Pompadour³¹, a quien había halagado extraordinariamente el hecho de que la orgullosa María Teresa, la llamara, en una carta, su prima o su querida amiga (*bien bonne amie*). Puede decirse, por tanto, que si Luis XV hubiese poseído una moral más austera y se hubiese dejado influir menos por sus favoritas, Madame de Pompadour no habría ejercido esa influencia sobre los acontecimientos y éstos habrían tomado otro giro.

En la Guerra de los Siete Años, los franceses no tuvieron éxito. Sus generales sufrieron varias derrotas vergonzosas. En general, la conducta observada por ellos ha sido más que extraña. Richelieu se dedicaba a la rapiña, mientras que Soubise y Broglie, siempre se estorbaban mutuamente. Así, cuando Broglie atacó al enemigo en Willinghausen, Soubise, que había oído los disparos de cañón, no acudió en ayuda de su compañero, como estaba convenido y como, indudablemente, debía haber hecho y Broglie, se vio obligado a retirarse³². Ahora bien, a Soubise, inepto en extremo, le protegía Madame de Pompadour. Y puede decirse una vez más que si Luis XV hubiese sido menos voluptuoso o si su favorita no hubiese intervenido en política, los acontecimientos no habrían sido tan desfavorables para Francia.

Los historiadores franceses afirman que Francia no debía en absoluto pelear en el continente europeo, sino que debía concentrar todos sus esfuerzos en el mar para defender sus colonias de la codicia de Inglaterra. Ahora bien, si Francia, obró de otra manera, la culpa es una vez más de la inevitable Madame de Pompadour, que aspiraba a complacer a su “querida amiga”, María Teresa. A causa de la Guerra de los Siete Años, Francia perdió sus mejores colonias, lo que, sin duda, influyó fuertemente sobre el desarrollo de sus relaciones económicas. La vanidad femenina aparece aquí ante nosotros como un “factor” influyente del desarrollo económico.

¿Hacen falta otros ejemplos? Citaremos uno más, quizá el más sorprendente. En agosto de 1761, durante la misma Guerra de los Siete Años, las tropas austríacas, después de unirse con las rusas en la Silesia cercaron a Federico cerca de Striegau. La situación de Federico era desesperada, pero los aliados no se apresuraron a atacar y el general Buturlín³³, después de permanecer veinte días inactivo frente al enemigo, se retiró de la Silesia, dejando únicamente una parte de las tropas como refuerzo de las del general austriaco Laudon. Éste ocupó Schweidnitz; cerca del cual se encontraba Federico. Pero este éxito había sido de poca importancia. En cambio, ¿qué habría sucedido si Buturlín, hubiese poseído un carácter más enérgico, si los aliados hubiesen atacado a Federico, sin darle tiempo a fortificarse? Es posible que hubiese sido derrotado por completo y que hubiera tenido que someterse a la voluntad de sus vencedores. Esto sucedió unos cuantos meses antes de que un nuevo hecho fortuito, la muerte de la emperatriz Elisabeth, modificara súbita y radicalmente la situación en favor de Federico. Cabe preguntar: ¿qué hubiera sucedido si Buturlín hubiera sido más enérgico o si en su lugar hubiera habido un Suvórov?³⁴

³¹ Pompadour, Juana Antonieta (1721-1764). Favorita del rey francés Luis XV, que jugó un gran papel en la política interior y exterior de Francia.

³² Otros dicen que la culpa no fue de Soubise, sino de Broglie, quien no esperó a su compañero por no compartir con él los laureles de la victoria. Pero esto no tiene para nosotros ninguna importancia, ya que en nada cambia el fondo de la cuestión. [G. V. Plejánov].

³³ Conde Buturlín (1694-1767). Mariscal de campo que mandaba el ejército ruso durante la Guerra de los Siete años (1756-1763).

³⁴ Suvórov, A. v. (1730-1800). Notable militar ruso.

En sus análisis de la concepción de los historiadores “fatalistas”, Saint-Beuve, formuló también otro razonamiento que conviene tener en cuenta. En el ya citado artículo sobre la *Historia de la Revolución Francesa*, de Mignet, él demuestra que el curso y el desenlace de la Revolución Francesa no sólo fueron condicionados por las causas generales que la originaron y por las pasiones que ella a su vez desencadenó, sino también por numerosos pequeños fenómenos que se escapan a la atención del investigador y que, incluso, no forman parte siquiera de los fenómenos sociales propiamente dichos. “En el momento en que obran estas pasiones (provocadas por los fenómenos sociales) [escribía él], las fuerzas físicas y fisiológicas de la naturaleza tampoco estaban inactivas: la piedra seguía sometida a la fuerza de la gravedad, la sangre no cesaba de circular por las venas. ¿Es posible que el curso de los acontecimientos no habría cambiado si Mirabeau, por ejemplo, no hubiese muerto atacado por unas fiebres, si la caída inesperada de un ladrillo o la apoplejía hubiese ocasionado la muerte de Robespierre, si una bala hubiese matado a Bonaparte? ¿Se atreverían ustedes a afirmar que el resultado de los acontecimientos habría sido el mismo? Ante un número suficientemente grande de casualidades como las sugeridas por mí, el resultado habría podido ser completamente opuesto al que, según ustedes, era inevitable. Ahora bien, yo tengo derecho a suponer tales contingencias, porque no las excluyen ni las causas generales de la revolución ni las pasiones engendradas por estas causas generales”, Más adelante cita la conocida observación de que la Historia habría seguido completamente otro rumbo si la nariz de Cleopatra hubiera sido un poco más corta, y, en su conclusión, reconociendo que se pueden decir muchas cosas en defensa de la concepción de Mignet, señala una vez más en qué consiste el error de ese autor. Mignet, atribuye únicamente a la acción de las causas generales aquellos resultados a cuyo nacimiento han contribuido también numerosas causas pequeñas, oscuras, imperceptibles: su espíritu rígido parece resistirse a reconocer la existencia de aquello que no obedece a un orden y a unas leyes determinadas.

VI. [Las causas generales y la casualidad en la historia]

¿Son fundadas las objeciones de Saint-Beuve? Parece que contienen cierta parte de verdad. Pero ¿cuál, precisamente? Para determinarla, examinemos primero la idea según la cual el hombre, mediante “las decisiones súbitas de su voluntad”, puede introducir en la marcha de los acontecimientos una fuerza nueva, capaz de modificarla sensiblemente. Hemos citado varios ejemplos que, en nuestra opinión, lo explican muy bien. Reflexionemos sobre estos ejemplos.

De todos es sabido que durante el reinado de Luis XV, el arte militar en Francia decaía cada vez más. Según hace notar Henri Martin, durante la Guerra de los Siete Años, las tropas francesas, tras las cuales marchaban numerosas prostitutas, mercaderes y lacayos y que tenían más caballos de tiro que fuerzas montadas, recordaba más las huestes de Darío y Jerjes que los ejércitos de Turenne y de Gustavo Adolfo³⁵.

En su *Historia de la Guerra de los Siete Años*, Archenholz, escribe, refiriéndose a la Guerra de los Siete Años, que los oficiales franceses que estaban de guardia abandonaban con frecuencia sus puestos para ir a bailar a alguna parte de los alrededores y que únicamente cumplían las órdenes de sus mandos cuando lo consideraban necesario y cómodo. Este deplorable estado de los asuntos militares era condicionado por la decadencia de la nobleza, que, no obstante, continuaba ocupando todos los altos puestos en el ejército, y por el desbarajuste general de todo el “viejo

³⁵ *Histoire de France*, cuarta edición, Tomo XV, páginas 520-521. [G. V. Plejánov].

orden”, que marchaba rápidamente hacia su destrucción. Estas solas causas *generales* eran más que suficientes para hacer que la Guerra de los Siete Años tuviera un desenlace desfavorable para Francia. Pero no cabe duda que la ineptitud de generales como Soubise, aumentaron aún más las probabilidades de fracaso del ejército francés, condicionadas por las causas generales. Y como Soubise se mantenía en su puesto gracias a Madame de Pompadour, hay que reconocer que la vanidosa marquesa fue uno de los “factores” que acentuaron considerablemente la influencia desfavorable de las causas generales sobre la situación de Francia, durante la Guerra de los Siete Años.

La fuerza de la marquesa de Pompadour no residía en ella misma sino en el poder del rey, el cual estaba sometido a su voluntad. ¿Puede acaso, afirmarse que el carácter de Luis XV era tal como necesariamente tenía que ser dado el curso general del desarrollo de las relaciones sociales de Francia? No. En idénticas condiciones de dicho desarrollo, el lugar del rey pudo ser ocupado por otro cuya actitud hacia las mujeres fuese diferente. Saint-Beuve diría que para eso hubiera bastado la acción de causas fisiológicas oscuras e imperceptibles. Y tendría razón. Pero no es así, resulta que estas causas fisiológicas oscuras al influir en la marcha, y el desarrollo de la Guerra de los Siete Años, ha influido también sobre el desarrollo ulterior de Francia, que habría seguido otro rumbo si la mencionada guerra no le hubiera hecho perder la mayor parte de sus colonias. Cabe preguntar si no contradice esta conclusión a la idea del desarrollo de la sociedad conforme a determinadas leyes.

De ningún modo. Por indudable que fuese en los casos indicados la acción de las particularidades individuales, no es menos cierto que ello podía tener lugar *únicamente bajo determinadas condiciones sociales*. Después de la batalla de Rossbach, los franceses estaban terriblemente indignados contra la protectora de Soubise, que cada día recibía un gran número de cartas anónimas, llenas de amenazas e insultos. Madame de Pompadour estaba atormentada; comenzó a sufrir de insomnio³⁶. Sin embargo, continuó protegiendo a Soubise. En 1762, en una de las cartas a él dirigidas, después de decirle que no ha justificado las esperanzas que en él había cifrado, añadió: “A pesar de eso, no temáis nada, tomaré bajo mi cuidado vuestros intereses y me esforzaré en reconciliaros con el rey”³⁷. Como se ve, ella no había cedido ante la opinión pública. ¿Por qué no lo ha hecho? Indudablemente, porque la sociedad francesa de entonces *no estaba en condiciones de obligarla* a ceder. Pero ¿por qué la sociedad de entonces no estaba en condiciones de hacerlo? Impedía hacerlo su organización, que, a su vez, dependía de la correlación de las fuerzas sociales de la Francia de aquella época. Por consiguiente, es la correlación de estas fuerzas la que, en última instancia, explica el hecho de que el carácter de Luis XV y los caprichos de sus favoritas pudieran ejercer una influencia tan nefasta sobre los destinos de Francia. Si no hubiese sido el rey el que se habría caracterizado por su debilidad hacia el sexo femenino, sino uno cualquiera de sus cocineros o de sus mozos de cuadra, ésta no habría tenido ninguna importancia histórica. Es evidente que no se trata aquí de dicha debilidad, sino de la situación social del individuo que padece de ella. El lector comprenderá que estos razonamientos pueden ser aplicados a todos los ejemplos arriba citados. Basta cambiar los nombres; colocar, por ejemplo, Rusia en lugar de Francia, Buturlín en lugar de Soubise, etc. Por eso nos abstendremos de repetirlos.

Resulta, pues, que, gracias a las peculiaridades de su carácter, los individuos pueden influir en los destinos de la sociedad. A veces, la influencia es, incluso, bastante considerable, pero tanto la posibilidad misma de esta influencia como sus proporciones son determinadas por la organización de la sociedad, por la correlación de las fuerzas

³⁶ Ver: *Mémoires de Madame du Hausset*, París, 1824, página 181. [G. V. Plejánov]

³⁷ Ver *Lettres de la Marquise de Pompadour*, Tomo I, Londres, 1772. [G. V. Plejánov]

que en ella actúan. El carácter del individuo constituye el “factor” del desarrollo social sólo allí, sólo entonces, y sólo en el grado en que lo permiten las relaciones sociales.

Se nos puede objetar que el grado de la influencia personal, depende asimismo del talento del individuo. Estamos de acuerdo. Pero el individuo constituye el “factor” del desarrollo social cuando ocupa en la sociedad la situación necesaria a este efecto. ¿Por qué pudo el destino de Francia hallarse en manos de un hombre privado en absoluto de capacidad y deseo de servir al bien público? Porque tal era la organización de la sociedad. Es esta organización la que determina en cada época el papel y, por consiguiente, la importancia social que puede corresponder a los individuos dotados de talento o que carecen de él.

Ahora bien, si el papel de los individuos está determinado por la organización de la sociedad, ¿cómo su influencia social, condicionada por este papel, puede estar en contradicción con la idea del desarrollo de la sociedad conforme a leyes determinadas? Esta influencia no sólo no está en contradicción con tal idea sino que es una de sus ilustraciones más brillantes.

Pero aquí hay que hacer notar lo siguiente. La posibilidad de la influencia social del individuo, condicionada por la organización de la sociedad, abre las puertas a la influencia de las llamadas *casualidades* sobre el destino histórico de los pueblos. La lujuria de Luis XV era una consecuencia necesaria del estado de su organismo. Pero, en lo que se refiere al curso del desarrollo de Francia, este estado era *casual*. Mas, como ya hemos dicho, no dejó de ejercer su influencia sobre el destino ulterior de Francia y, por lo mismo, figura entre las causas que han condicionado este destino. La muerte de Mirabeau, obedeció, naturalmente, a procesos patológicos perfectamente regulares. Pero la necesidad de estos procesos no surgía en absoluto del curso general del desarrollo de Francia, sino de algunas propiedades particulares del organismo del famoso orador y de las condiciones físicas en que se produjo el contagio. En lo que se refiere al curso general del desarrollo de Francia, estas particularidades y estas condiciones son *casuales*. Y, sin embargo, la muerte de Mirabeau ha influido en la marcha ulterior de la revolución y forma parte de las causas que la han condicionado.

Más sorprendente aún es la obra de la casualidad en el ejemplo de Federico II, citado antes, el cual se libró de una situación embarazosa gracias únicamente a la indecisión de Buturlín. El nombramiento de Buturlín, incluso con respecto al curso general del desarrollo de Rusia, podía ser casual en el sentido que nosotros atribuimos a esta palabra y nada tenía que ver con el curso general del desarrollo de Prusia. En cambio, no es infundada la hipótesis de que la indecisión de Buturlín salvó a Federico de una situación desesperada. Si en el lugar de Buturlín, hubiese estado Suvórov, la historia de Prusia habría tal vez tomado otro rumbo. Resulta, pues, que la suerte de los estados depende a veces de casualidades que podríamos llamar *casualidades de segundo grado*. Hegel, decía: “*In allem Endlichen ist ein Element des Zufälligen* (En todo lo finito hay un elemento casual)”. En la ciencia no tenemos que ver únicamente con lo “finito”; por eso puede decirse que en todos los procesos que ella estudia existe un elemento casual. ¿Excluye esto la posibilidad del conocimiento científico de los fenómenos? No. *La casualidad es algo relativo*. No aparece más que en el punto de intersección de los procesos *necesarios*. La aparición de los europeos en América fue, para los habitantes de Méjico y Perú, una *casualidad* en el sentido de que ella no surgía del desarrollo social de dichos países. Pero no era una casualidad la pasión por la navegación que se había apoderado de los europeos del Occidente a fines de la Edad Media; ni fue casual el hecho de que la fuerza de los europeos venciera fácilmente la resistencia de los indígenas. Las consecuencias de la conquista de Méjico y Perú por los europeos no eran tampoco debido a la casualidad; en fin de cuentas, estas consecuencias

eran la resultante de dos fuerzas; la situación económica de los países conquistados, por un lado, y la situación económica de los conquistadores, por el otro. Y estas fuerzas, así como su resultante, pueden muy bien ser objeto de un estudio científico riguroso.

Las contingencias de la Guerra de los Siete Años ejercieron una gran influencia en la historia ulterior de Prusia. Pero esta influencia habría sido completamente otra si la hubieran sorprendido en otra fase de su desarrollo. Las consecuencias de las casualidades también aquí fueron definidas por la resultante de dos fuerzas: el estado político y social de Prusia, por un lado, y el estado político y social de los estados europeos que ejercían su influencia sobre ella, por el otro. En consecuencia Tampoco aquí la casualidad impide en absoluto el estudio científico de los fenómenos.

Sabemos ahora que los individuos ejercen con frecuencia una gran influencia sobre el destino de la sociedad, pero que esta influencia está determinada por la estructura interna de aquélla y por su relación con otras sociedades. Pero con esto no queda agotada la cuestión del papel del individuo en la Historia. Debemos abordarlo todavía en otro de sus aspectos.

Saint-Beuve pensaba que bajo un número suficiente de causas pequeñas y oscuras del género de las por él indicadas, la Revolución Francesa hubiera podido tener un desenlace contrario al que conocemos. Esto es un gran error. Cualquiera que hubiese sido la combinación de pequeñas causas psicológicas y fisiológicas, en ningún caso habría eliminado las grandes necesidades sociales que engendraron la Revolución Francesa; y mientras estas necesidades no hubiesen sido satisfechas, no habría, cesado en Francia el movimiento revolucionario. Para que el resultado hubiese sido contrario al que fue en realidad, habría habido que sustituir esas necesidades por otras opuestas, lo que naturalmente, jamás habría estado en condiciones de hacerlo ninguna combinación de pequeñas causas.

Las causas de la Revolución Francesa residían en la naturaleza de las *relaciones sociales*, y las pequeñas causas supuestas por Saint-Beuve, podían residir únicamente en las *particularidades individuales* de diferentes personas. La causa última de las relaciones sociales reside en el estado de las fuerzas productivas. Depende de las particularidades individuales de diferentes personas únicamente en el sentido de una mayor o menor capacidad de tales individuos para impulsar los perfeccionamientos técnicos, descubrimientos e inventos. Saint-Beuve, no tuvo en cuenta las particularidades de este género. Pero ninguna otra particularidad garantiza a personas determinadas el ejercicio de una influencia directa sobre el estado de las fuerzas productivas y, por consiguiente, sobre las relaciones sociales por ellas determinadas, es decir, sobre las *relaciones económicas*. Cualesquiera que sean las particularidades de un determinado individuo, éste no puede eliminar unas determinadas relaciones económicas cuando éstas corresponden a un determinado estado de las fuerzas productivas. Pero las particularidades individuales de la personalidad la hacen más o menos apta para satisfacer las necesidades sociales que surgen en virtud de las relaciones económicas existentes o para oponerse a esta satisfacción. La necesidad social más urgente de la Francia de fines del siglo XVIII consistía en la sustitución de las viejas instituciones políticas por otras que armonizaran más con el nuevo régimen económico. Los hombres públicos más eminentes y útiles de aquella época fueron, precisamente, aquéllos más capaces de contribuir a la satisfacción de esa necesidad urgente. Supongamos que estos hombres fueron Mirabeau, Robespierre y Bonaparte. ¿Qué hubiera ocurrido si la muerte prematura no hubiese eliminado a Mirabeau de la escena política? El partido de la monarquía constitucional habría conservado por más tiempo a esta destacada personalidad; y, por la misma razón, su resistencia frente a los republicanos habría sido más enérgica. Pero nada más. Ningún Mirabeau estaba

entonces en condiciones de impedir el triunfo de los republicanos. La fuerza de Mirabeau se basaba íntegramente sobre la simpatía y la confianza del pueblo, y éste anhelaba la República porque la corte le irritaba por su obstinada defensa del viejo régimen. En cuanto el pueblo se hubiera convencido de que Mirabeau no simpatizaba con sus ideales republicanos, habría dejado de simpatizar con Mirabeau, y entonces, el gran orador habría perdido casi toda su influencia y, más tarde, habría caído víctima del movimiento que él se empeñaba inútilmente en detener. Lo mismo, aproximadamente, puede decirse de Robespierre. Admitamos que él representaba en su partido una fuerza insustituible en absoluto. Pero él, en todo caso, no era su única fuerza. Si la caída casual de un ladrillo le hubiera matado, supongamos, en enero de 1793, su puesto habría sido ocupado, naturalmente, por otro, y aunque este otro hubiera sido inferior a él en todos los sentidos, los acontecimientos, a pesar de todo, habrían tomado el mismo *giro* que tomaron con Robespierre. Así, por ejemplo, los girondinos, incluso en este caso, no habrían evitado, seguramente, la derrota; pero es posible que el partido de Robespierre, hubiera perdido el poder un poco antes, de modo que ahora, no hablaríamos de la reacción termidoriana³⁸, sino de la florialiana, prerialiana o mesidoriana³⁹. Algunos objetarán, quizá, que con su despiadado terrorismo, Robespierre aceleró, en vez de retardar, la caída de su partido. No examinaremos aquí esta hipótesis, la admitiremos como si fuera completamente fundada. En tal caso, habrá que suponer que la caída del partido de Robespierre no se habría producido en Termidor, sino en Fructidor, Vendimario o Brumario. En una palabra, se habría producido tal vez antes o después, pero en todo caso se habría producido infaliblemente, porque la capa del pueblo sobre la que se apoyaba este partido, no estaba preparada en absoluto para mantenerse en el poder por largo tiempo. En todo caso, no puede hablarse de resultados “contrarios” a los que se obtuvieron gracias a la cooperación enérgica de Robespierre.

Tampoco hubieran podido ser “contrarios” los resultados si una bala hubiera matado a Bonaparte, por ejemplo, en la batalla de Arcole. Lo que éste hizo en las campañas de Italia y en las demás expediciones lo hubieran podido hacer otros generales. Estos quizá no habrían mostrado tanto talento como aquél, ni obtenido victorias tan brillantes. Pero, a pesar de eso, la República Francesa hubiera salido victoriosa en sus guerras, porque sus soldados eran en aquel entonces incomparablemente mejores que todos los soldados europeos. Por lo que se refiere al 18 Brumario⁴⁰ y a su influencia sobre la vida interior de Francia, también aquí la marcha general y el desenlace de los acontecimientos habrían sido *en el fondo* los mismos, probablemente, que bajo Napoleón. La República, herida de muerte el 9 Termidor, agonizaba lentamente. El Directorio no podía restablecer el orden que era a lo que por encima de todo aspiraba ahora la burguesía, una vez libre de la dominación de los estados superiores. Para restablecer el orden hacía falta una “buena espada”, según la expresión de Sieyès. En un principio se pensó que este papel bienhechor lo desempeñarla el general Joubert, pero cuando éste encontró la muerte cerca de Novi,

³⁸ Reacción termidoriana. Reacción política y social en Francia después del golpe de estado contrarrevolucionario del Termidor (27 de julio de 1794), que puso fin a la dictadura de la pequeña burguesía y llevó al cadalso a su jefe Robespierre.

³⁹ Termidor, Floreal, Pradial, Mesidor, Brumario, etc. Nombres dados a los meses en el calendario revolucionario impuesto por la Convención en otoño de 1793 para subrayar la ruptura definitiva de la revolución con la contrarrevolucionaria Iglesia Católica.

⁴⁰ El 18 Brumario del VIII año de la República (9 de noviembre de 1799), día en que el general Napoleón Bonaparte dio el golpe de estado que produjo la caída del régimen del Directorio y la creación, primero del Consulado y después del Imperio.

comenzaron a sonar los nombres de Moreau, Mac Donald y Bernadotte⁴¹. De Bonaparte empezó a hablarse más tarde, y si él hubiera muerto como Joubert, ni siquiera se habría hablado de él, y se habría recurrido a cualquier otra “espada”. De suyo se comprende que el hombre llamado por los acontecimientos a jugar el papel de dictador, por su parte, tuvo que abrirse camino infatigablemente hacia el poder, echando a un lado y aplastando implacablemente a cuantos eran para él un estorbo. Bonaparte poseía una energía de hierro y no se detenía ante nada con tal de alcanzar el fin propuesto. Pero él no era entonces el único egoísta lleno de energía, de talento y de ambición. El puesto que llegó a ocupar no habría quedado vacío. Supongamos, ahora, que otro general que hubiese alcanzado este puesto, hubiera sido más pacífico que Napoleón que no hubiera llegado a levantar contra él a toda Europa, y por lo tanto, hubiera muerto en las Tullerías y no en la isla de Santa Elena. En este caso los Borbones no habrían vuelto jamás a Francia; para ellos naturalmente semejante resultado habría sido “*contrario*” al que se obtuvo en realidad. Pero por lo que se refiere a la vida interior de Francia se habría diferenciado poco del resultado efectivo. Una “buena espada”, después de restablecer el orden y de asegurar el dominio de la burguesía, no habría tardado en fastidiarla con sus costumbres cuarteleras y su despotismo. Se habría iniciado un movimiento liberal semejante al que se produjo durante la Restauración; la lucha, poco a poco, se habría extendido y como las “buenas espadas” no se distinguen por su carácter conciliador, es posible que el virtuoso Luis Felipe habría escalado el trono de sus entrañablemente queridos parientes no en 1830, sino en 1820 o en 1825. Todos estos cambios en el curso de los acontecimientos habrían podido influir en parte sobre la vida política ulterior y, a través de ella, sobre la ulterior vida económica de Europa. Pero no obstante, el resultado final del movimiento revolucionario no habría sido de ningún modo “*contrario*” al resultado efectivo. Gracias a las particularidades de su inteligencia y de su carácter, las personalidades influyentes pueden hacer variar *el aspecto individual de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares*, pero no pueden hacer variar *su orientación general*, que está determinada por otras fuerzas.

VII. [La ilusión óptica sobre el papel de las grandes personalidades en la historia]

Además, es necesario hacer notar lo siguiente; discuriendo sobre el papel de las grandes personalidades en la Historia, somos víctimas casi siempre de cierta ilusión óptica, que convendrá indicar al lector.

Al ejecutar su papel de “buena espada” destinada a salvar el orden social, Napoleón apartó de dicho papel a todos los otros generales, algunos de los cuales quizá lo habrían desempeñado tan bien o casi tan bien como él. Una vez satisfecha la necesidad social de un gobernante militar enérgico, la organización social cerró el camino hacia el puesto de gobernante militar a todos los demás talentos militares. Su fuerza se convirtió en una fuerza desfavorable para la revelación de otros talentos de este género. Gracias a ello se tiene la ilusión óptica a que antes nos referíamos. La fuerza *personal* de Napoleón se nos presenta bajo una forma en extremo exagerada, puesto que le atribuimos toda la fuerza social que la elevó a un primer plano y la apoyaba. Esa fuerza se nos presenta como algo absolutamente excepcional, porque las demás fuerzas idénticas a ella no se transformaron *de potenciales en reales*. Y cuando se nos pregunta qué habría ocurrido si no hubiese existido Napoleón, nuestra

⁴¹ Véase *La vie en France sous le premier Empire* por el vizconde de Broc, páginas 35-36 y siguientes, París, 1895. [G. V. Plejánov]

imaginación se embrolla y nos parece que sin él no hubiera podido producirse todo el movimiento social sobre el que se apoyaba su fuerza y su influencia.

En la historia del desarrollo intelectual de la humanidad es muy raro el caso en que el éxito de un individuo impide el éxito de otro. Pero incluso en este caso, no estamos libres de la citada ilusión óptica. Cuando una situación determinada de la sociedad plantea ante sus representantes espirituales ciertas tareas, éstas atraen hacia sí la atención de los espíritus eminentes hasta tanto que consigan resolverlas. Una vez logrado esto, su atención se orienta hacia otros objetos. Después de resolver un problema, el hombre de talento *A*, con lo mismo, dirige la atención del hombre de talento *B* de este problema ya resuelto hacia otro problema. Y cuando se nos pregunta qué habría sucedido si *A* hubiese muerto antes de lograr resolver el problema *X*, nos imaginamos que el hilo del desarrollo intelectual de la sociedad se habría roto. Olvidamos que, en caso de morir *A*, de la solución del problema se habrían encargado *B* o *C* o *D* y que, de este modo, el hilo del desarrollo intelectual no se habría cortado a pesar de la muerte prematura de *A*.

Dos condiciones son necesarias para que el hombre dotado de cierto talento ejerza gracias a él una gran influencia sobre el curso de los acontecimientos. Es preciso, en primer término, que su talento corresponda mejor que los demás a las necesidades sociales de una época determinada; si Napoleón en vez de su genio militar, hubiese poseído el genio musical de Beethoven, no habría llegado, naturalmente, a ser emperador. En segundo término, el régimen social vigente no debe cerrar el camino al individuo dotado de un determinado talento, necesario y útil justamente en el momento de que se trate. El mismo *Napoleón* habría muerto como un general poco conocido o con el nombre de coronel *Buonaparte* si el viejo régimen hubiese durado en Francia setenta y cinco años más⁴². En 1789 Davout, Desaix, Marmont y Mac Donald eran *subtenientes*; Bernadotte, *sargento-mayor*; Hoche, Marceau, Lefevre, Pichegru, Ney, Masséna, Murat, Soult, *sargentos*; Angereau, *maestro de esgrima*; Lannes, *tintorero*; Gouvion-Saint-Cyr, *actor*; Jourdan, *repartidor*; Bessiéres, *peluquero*; Brune, *tipógrafo*; Joubert y Junot eran *estudiantes de la Facultad de Derecho*; Kléber era *arquitecto*; Mortier no ingresó en el ejército hasta la revolución⁴³.

Si el viejo régimen hubiese continuado existiendo hasta hoy, a nadie de nosotros se nos habría ocurrido pensar que, a fines del siglo pasado, en Francia, algunos actores, tipógrafos, peluqueros, tintoreros, abogados, repartidores y maestros de esgrima eran genios militares en potencia⁴⁴.

Stendhal hace notar que un hombre nacido el mismo año que Ticiano, es decir, en 1477, habría podido ser contemporáneo de Rafael (muerto en 1520) y de Leonardo de Vinci (muerto en 1519) durante cuarenta años; habría podido pasar largos años en Gorregio, muerto en 1534, y con Miguel Ángel, que llegó a vivir hasta 1563; no habría tenido más que treinta y cuatro años cuando murió Giorgione; habría podido conocer a Tintoreto, Bassano, al Veronés, a Julio Romano y Andrea del Sarto; en una palabra habría sido contemporáneo de todos los famosos pintores, a excepción de los que

⁴² Es posible que entonces Napoleón hubiera venido a Rusia, *adonde unos años antes de la Revolución tenía la intención de dirigirse*. Aquí hubiera hecho mérito, seguramente, combatiendo contra los turcos o los montañeses del Cáucaso, pero a nadie se le hubiera ocurrido que este oficial pobre, pero de talento, podría, en circunstancias favorables, llegar a ser dueño del mundo. [G. V. Plejánov]

⁴³ Ver *Historia de Francia*, por V. Duruy, Tomo II, páginas 524-525. [G. V. Plejánov]

⁴⁴ Durante el reinado de Luis XV sólo uno de los representantes del Tercer Estado, Chevart, pudo llegar hasta el grado de teniente general. Bajo el reinado de Luis XVI, la carrera militar era más inaccesible aun para dicho Estado. Ver Rambeaud, *Histoire de la civilisation française*, sexta edición, Tomo II, página 225. [G. V. Plejánov]

pertenecían a la escuela de Bolonia, que apareció un siglo después⁴⁵. Del mismo modo puede decirse que el hombre nacido el mismo año que Wouwerman, habría podido conocer personalmente a casi todos los grandes pintores de Holanda⁴⁶, y que un hombre de la misma edad que Shakespeare habría sido contemporáneo de toda una pléyade de notables dramaturgos⁴⁷.

Hace tiempo que se ha hecho la observación de que los talentos aparecen siempre y en todas partes, allá donde existen condiciones favorables para su desarrollo. Esto significa que todo talento que se *ha manifestado efectivamente*, es decir, todo talento convertido en *fuerza social es fruto de las relaciones sociales*. Pero si esto es así, se comprende por qué los hombres de talento, como hemos dicho, sólo pueden hacer variar el aspecto individual y no la orientación general de los acontecimientos; *ellos mismos existen gracias únicamente a esta orientación; sí no fuera por eso nunca habrían podido cruzar el umbral que separa lo potencial de lo real*.

De suyo se comprende que hay talentos y talentos. “Cuando una nueva etapa en el desarrollo de la civilización da vida a un nuevo género de arte [dice con razón Taine], aparecen decenas de talentos que expresan solo a medias el pensamiento social, en torno a uno o dos genios que lo expresan a la perfección”⁴⁸. Si causas mecánicas o fisiológicas desvinculadas del curso general del desarrollo social, político e intelectual de Italia hubieran causado la muerte de Rafael, Miguel Ángel y Leonardo de Vinci en su infancia, el arte pictórico italiano sería menos perfecto, pero la orientación general de su desarrollo en la época del Renacimiento seguiría siendo la misma. No fueron Rafael, Leonardo de Vinci ni Miguel Ángel los que crearon esa orientación: ellos sólo fueron sus mejores representantes. Es verdad que en torno de un hombre genial se forma generalmente toda una escuela, cuyos discípulos tratan de imitar hasta los menores procedimientos; por eso, la laguna que habrían dejado en el arte italiano de la época del Renacimiento con su muerte prematura Rafael, Miguel Ángel y Leonardo de Vinci habría ejercido una gran influencia sobre muchas particularidades secundarias de su historia futura. Pero tampoco esta historia habría cambiado en cuanto al fondo, si debido a ciertas causas generales, no se hubiera producido un cambio fundamental en el curso general del desarrollo intelectual de Italia.

Es sabido, sin embargo, que las diferencias cuantitativas se transforman, en fin de cuentas, en cualitativas. Esto es cierto siempre, y por lo tanto, también lo es aplicado a la Historia. Una determinada corriente artística puede no haber alcanzado ninguna manifestación notable si una combinación de circunstancias desfavorables hace que desaparezcan uno tras otro los hombres de talento que habrían podido convertirse en sus representantes. Pero la muerte prematura de estos hombres no impide la manifestación artística de dicha corriente, sino cuando no es lo suficientemente profunda para destacar nuevos talentos. Y como la profundidad de cualquier corriente dada, tanto en la literatura como en el arte, está determinada por la importancia que tiene para la clase o capa social cuyos gustos expresa y por el papel social de esta clase o capa, aquí también

⁴⁵ *Histoire de la Peinture en Italie*, páginas 24-25, París, 1892. [G. V. Plejánov]

⁴⁶ En 1608 nacieron Terborch, Brouwer y Rembradt; en 1610, Adrián Van Ostade, Both y Ferdinand Bol; en 1613, Van-der-helst y Gerard Dou, en 1615, metsu; en 1620, Wouwerman; en 1621, Weenix, Everdingen y Pynacker; en 1624, Berghen; en 1629, Paul Potter; en 1626, Juan Steen; en 1630, Tuisdael; en 1637, Van-der-Heyde; en 1638 Hobberma; en 1639, Adrián Van-der-Velde. [G. V. Plejánov]

⁴⁷ “Shakespeare, Beaumont, Flechter, Jonson, Webster, Massinger, Ford, Middleton y Haywood, aparecidos al mismo tiempo o uno tras otro, representan la nueva generación que, gracias a su situación favorable, floreció magníficamente sobre el terreno preparado por los esfuerzos de la generación anterior”. Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, tomo I, página 468, París, 1863. [G. V. Plejánov]

⁴⁸ Taine, *Histoire de la littérature anglaise*, tomo II, página 5, París, 1863. [G. V. Plejánov]

todo depende, en última instancia, del curso de desarrollo social y de la correlación de las fuerzas sociales.

VIII. [Causas generales y particulares y el aspecto individual en la historia]

Así, pues, las particularidades individuales de las personalidades eminentes determinan el aspecto individual de los acontecimientos históricos, y el elemento casual, en el sentido indicado por nosotros, desempeña siempre cierto papel en el curso de estos acontecimientos cuya orientación está determinada, en última instancia, por las llamadas causas generales, es decir, de hecho, por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico-social de la producción. Los fenómenos casuales y las particularidades individuales de las personalidades destacadas son incomparablemente más patentes que las causas generales profundamente arraigadas. Los hombres del siglo XVIII pensaban poco en estas causas generales, explicando la Historia como resultado de los actos conscientes y las “pasiones” de las personalidades históricas. Los filósofos de este siglo afirmaban que la Historia podría marchar por caminos totalmente diferentes bajo la influencia de las más insignificantes causas, por ejemplo, a consecuencia de que en la cabeza de cualquier gobernante comenzara a hacer de las suyas un “átomo” cualquiera. (Opinión que aparece expresada más de una vez en el *Système de la Nature*)⁴⁹.

Los defensores de la nueva orientación en la ciencia histórica se dedicaron a demostrar que la Historia no podía seguir otro rumbo distinto al que en realidad ha seguido, a pesar de todos los “átomos”. Tratando de hacer resaltar lo mejor posible la acción de las causas generales, ellos pasaban por alto la importancia de las particularidades individuales de los personajes históricos. Y resultaba que la sustitución de una personalidad, por otra más o menos capaz, no modificaba en nada los acontecimientos históricos⁵⁰. Pero una vez admitida semejante hipótesis nos vemos obligados a reconocer que *el elemento individual no tiene absolutamente ninguna importancia en la Historia* y que todo en ella se reduce a la acción de las causas generales, de las leyes generales del movimiento histórico. Era una exageración que no dejaba lugar a la partícula de verdad que contenía la concepción opuesta. Por esta razón, precisamente, la concepción opuesta seguía conservando cierto derecho a la existencia. El choque de estas dos concepciones adquirió la forma de una antinomia, una de cuyas partes eran las leyes generales y la otra, la acción de las personalidades. Desde el punto de vista de la segunda parte de la antinomia la Historia aparecía como una simple concatenación de casualidades; desde el punto de vista de la otra parte, parecía que incluso los rasgos individuales de los acontecimientos históricos obedecían a la acción de las causas generales. Pero si los rasgos individuales de los acontecimientos se deben a la influencia de las causas generales y no dependen de las particularidades individuales de las personalidades históricas, resulta que estos rasgos *se determinan por las causas generales* y no pueden ser modificados por más que cambien estos personajes. La teoría adquiere así un carácter fatalista.

⁴⁹ *Systeme de la nature (Sistema de la naturaleza)*. Obra fundamental de Holbach, destacado filósofo materialista francés (1723-1789).

⁵⁰ Así era cuando se ponían a discutir sobre la regularidad de los acontecimientos históricos. En cambio, cuando algunos de ellos relataban simplemente estos acontecimientos, ocurría con frecuencia que llegaban a atribuir al elemento personal una importancia exagerada. Pero lo que a nosotros nos interesa ahora no son sus relatos, sino sus juicios. [G. V. Plejánov]

Esto no escapó a la atención de sus adversarios. Saint-Beuve ha comparado las concepciones históricas de Mignet con las de Bossuet⁵¹. Este pensaba que la fuerza que engendra los acontecimientos históricos emana del cielo, que los acontecimientos son una expresión de la voluntad divina. Mignet buscaba esta fuerza en las pasiones humanas, que se manifiesta en los acontecimientos históricos con toda la inexorabilidad de las fuerzas de la naturaleza. Pero el uno como el otro interpretaban la Historia como una cadena de fenómenos que en ningún caso habrían podido ser diferentes de lo que han sido: los dos eran fatalistas; en este sentido, el filósofo se acerca al sacerdote (*le philosophe se raproohe du prêtre*).

Este reproche seguía siendo fundado hasta tanto que la concepción de la regularidad de los acontecimientos históricos considerase nula la influencia sobre ellos de las particularidades individuales de las personalidades históricas. Y este reproche debía producir una impresión tanto más fuerte cuanto que los historiadores de la nueva escuela, al igual que los historiadores y filósofos del siglo XVIII, consideraban que la *naturaleza humana* era la fuente suprema de la que partían y a la que obedecían todas las *causas generales* del movimiento histórico. Como la Revolución Francesa había demostrado que los acontecimientos históricos no están condicionados únicamente por las acciones *conscientes* de los hombres, Mignet, Guizot y otros sabios de la misma orientación, destacaban al primer plano la acción de las *pasiones*, las cuales con frecuencia rechazaban todo *control de la conciencia*. Pero si las pasiones son la causa última y más general de los acontecimientos históricos, ¿por qué no tiene razón Saint-Beuve cuando afirma que la Revolución Francesa habría podido tener un desenlace contrario al que conocemos, si se hubieran encontrado hombres capaces de inculcar al pueblo francés pasiones diferentes a las que lo agitaban? Mignet contestaría: porque dadas las propiedades de la naturaleza humana no podían agitar entonces a los franceses otras pasiones. En cierto sentido, sería verdad. Mas esta verdad tendría un pronunciado carácter fatalista, ya que equivaldría a la tesis según la cual la Historia de la humanidad, en todos sus detalles, está predeterminada por las propiedades *generales* de la naturaleza humana. El fatalismo sería la consecuencia de la dilución *de lo individual en lo general*. Por lo común, el fatalismo es siempre la consecuencia de dicha dilución. Se dice que “si todos los fenómenos sociales son necesarios nuestra actividad no puede tener ninguna importancia”. Esta es una formulación errónea de un pensamiento certero. Debe decirse: si todo se hace mediante lo *general*, entonces lo *individual*, incluso mis propios esfuerzos, no tienen ninguna importancia. *Semejante* conclusión es exacta, pero la utilizan desacertadamente. No tiene ningún sentido aplicada a la moderna interpretación materialista de la Historia, en la que cabe también lo individual, Pero era fundada en la aplicación a las concepciones de los historiadores franceses de la época de la Restauración.

Actualmente ya no es posible considerar a la naturaleza humana como la causa última y más general del movimiento histórico; si es constante, no puede explicar el curso, variable en extremo, de la Historia, y si cambia, es evidente que sus cambios están condicionados por el movimiento histórico. Actualmente hay que reconocer que la causa última y más general del movimiento histórico es el desarrollo de las fuerzas productivas, que son las que determinan los cambios sucesivos en las relaciones sociales de los hombres. Al lado de esta causa *general* obran causas *particulares*, es decir, la *situación histórica* bajo la cual tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas de un pueblo y que, a su vez, y en última instancia, ha sido creada por el desarrollo de estas mismas fuerzas en otros pueblos, es decir, por la misma causa general.

⁵¹ Bossuet (1627-1704). Obispo, filósofo y escritor francés.

Por último, la influencia de las causas *particulares* es completada por causas *singulares*, es decir, por las particularidades individuales de los hombres públicos y por otras “casualidades”, en virtud de las cuales los’, acontecimientos adquieren, en fin de cuentas, su aspecto *individual*. Las causas singulares no pueden originar cambios radicales en la acción de las causas generales y particulares, que, por otra parte, condicionan la orientación y los límites de la influencia de las causas singulares. Pero, no obstante, es indudable que la Historia tomaría otro aspecto si las causas singulares, que ejercen influencia sobre ella, fuesen sustituidas por otras causas del mismo orden.

Monod y Lamprecht continúan manteniéndose en el punto de vista de la naturaleza humana. Más de una vez Lamprecht ha declarado categóricamente que, según su opinión, la sicología social constituye la causa principal de los fenómenos históricos. Es un grave error, en virtud del cual, el deseo, loable en sí, de tener en cuenta todo el conjunto de la vida social no puede conducir más que a un eclecticismo sin contenido aunque hinchado, o (entre los más consecuentes) a los razonamientos de Kablitz sobre la importancia relativa de la inteligencia y del sentimiento.

Pero volvamos a nuestro tema. El gran hombre lo es, no porque sus particularidades individuales imprimen una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le hacen más capaz de servir a las grandes necesidades sociales de su época, que han surgido bajo la influencia de causas generales y particulares. Carlyle⁵², en su conocida obra sobre los héroes les aplica el nombre de iniciadores (*Beginniers*). Es un nombre muy acertado. El gran hombre es, precisamente, un iniciador, porque ve *más lejos* que otros y desea *más fuertemente* que otros. Resuelve los problemas científicos planteados a su vez por el curso anterior del desarrollo intelectual de la sociedad; señala las nuevas necesidades sociales, creadas por el anterior desarrollo de las relaciones sociales; toma la iniciativa de satisfacer estas necesidades. Es un héroe. No en el sentido de que puede detener o modificar el curso natural de las cosas, sino en el sentido de que su actividad constituye una expresión consciente y libre de este curso necesario e inconsciente. En esto reside toda su importancia y toda su fuerza. Pero esta importancia es colosal y esta fuerza es tremenda.

Bismarck decía que nosotros no podemos hacer la Historia, sino que debemos esperar a que se haga. Pero ¿quiénes hacen la Historia? Ella es hecha por el *ser social*, que es su “*factor*” *único*. El ser social crea él mismo sus relaciones, es decir, las relaciones sociales. Pero si en un momento dado, él crea precisamente tales relaciones y no otras, esto no se hará, naturalmente, sin su causa y razón; se debe al estado de las fuerzas productivas. Ningún gran hombre puede imponer a la sociedad relaciones que *ya* no corresponden al estado de dichas fuerzas o que *todavía* no corresponden a él. En este sentido, él no puede, efectivamente, hacer la Historia y, en este caso, sería inútil que adelantara las agujas de su reloj: no aceleraría la marcha del tiempo, ni lo haría retroceder. En esto tiene plena razón Lamprecht: incluso cuando se encontraba en el apogeo de su poderío, Bismarck no hubiera podido hacer retroceder a Alemania a la economía natural.

Las relaciones sociales tienen su lógica: en tanto que los hombres se encuentran en determinadas relaciones mutuas, ellos necesariamente sentirán, pensarán y obrarán así y no de un modo diferente. Sería inútil que la personalidad eminente se empeñara en luchar contra esta lógica: la marcha natural de las cosas (es decir, la misma lógica de las relaciones sociales) reduciría a la nada sus esfuerzos. Pero si yo sé en qué sentido se modifican las relaciones sociales en virtud de determinados cambios en el proceso

⁵² Carlyle, Tomás (1795-1881). Escritor e historiador inglés, perteneciente a la burguesía.

social y económico de la producción, sé también en qué sentido se modificará a su vez la psicología social, por consiguiente tengo la posibilidad de influencia sobre ella. Influir sobre la psicología social es influir sobre los acontecimientos históricos. Se puede afirmar, por lo tanto, que en cierto sentido, yo *puedo*, a pesar de todo, *hacer la Historia*, y no tengo necesidad de esperar hasta que la Historia “se haga”.

Monod supone que los acontecimientos e individuos verdaderamente importantes en la Historia, lo son únicamente como signos y símbolos del desarrollo de las instituciones y de las condiciones económicas. Es un pensamiento acertado, aunque está expresado en forma muy imprecisa. Pero precisamente porque es un pensamiento acertado, no hay justificación para oponer la actividad de los grandes hombres “*al movimiento lento*” de dichas condiciones e instituciones. La modificación más o menos lenta de las “condiciones económicas” coloca periódicamente a la sociedad ante la necesidad de reformar con mayor o menor rapidez sus instituciones. Esta reforma jamás se produce “espontáneamente”; exige siempre la intervención de los *hombres*, ante los cuales surgen, de este modo, grandes problemas sociales. Y son llamados grandes hombres precisamente aquellos que, más que nadie, contribuyen a la solución de estos problemas. Ahora bien, *resolver un problema* no significa ser únicamente “símbolo” y “signo” de lo que ha sido resuelto.

Nos parece que Monod, ha opuesto estos dos puntos de vista, sobre todo porque le ha gustado la simpática palabreja “*lentos*”. Es una palabreja preferida por muchos evolucionistas contemporáneos. Desde *el punto de vista psicológico*, esta preferencia se comprende: nace *necesariamente* en el ambiente bien intencionado de la moderación y de la puntualidad... Pero, desde *el punto de vista de la lógica*, no resiste a la crítica, como lo ha demostrado Hegel.

Y no son tan sólo los “iniciadores”, los “grandes” hombres, los que tienen abierto ante sí un ancho campo de acción, sino todos los que tienen ojos para ver, oídos para oír y corazón para amar a su prójimo. El concepto de *grande* es relativo. En sentido moral, es grande todo aquél que, como dice la expresión evangélica “sacrifica su vida por el prójimo”.

Alejandría Proletaria

Series

Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)

Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti
Armand, Inessa

Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España

Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)

Bleibtreu, Marcel

Comunas de París y Lyon

Ediciones Espartaco Internacional

Frencia, Cintia y Gaido, Daniel

G. V. Plejánov, obras

Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.

Heijenoort, J. Van

Just, Stéphane. Escritos

Kautsky, Karl

Munis, G. Obras Completas y otros textos

Parvus (Alejandro Helphand)

Rakovsky, Khristian (Rako)

Rühle, Otto

Textos de apoyo

Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75

Consulta el catálogo de nuestro sello hermano

Edicions internacionals Sedov

